

de la galería hay varias estancias decoradas con frescos, que recuerdan los hechos principales de los pontificados de Pío VI y Pío VII; algunas de estas cámaras pueden considerarse como pequeños museos de antigüedades cristianas; objetos en bronce y tierra sacados de las Catacumbas; papiros en que se contienen donaciones y contratos de los siglos X al XII; pinturas antiguas; frescos salvados de entre las ruinas de la Roma imperial, y que son interesantes, aún después de la gran colección formada en Nápoles con los de Pompeya: en el último gabinete, á la izquierda, se ve un gran número de volúmenes (*album*), ricamente encuadernados con variedad de armas y de emblemas; son millones de firmas de adhesión y de ofrenda reverente, enviadas al Soberano Pontífice en estos últimos años por los católicos de todas las naciones.

En los intercolumnios del salón principal hay objetos de altísimo precio, cedidos por los Papas, que á su vez los recibieron como dones de los soberanos: tales son los grandes candelabros de porcelana de Sevres, que Napoleón I regaló á Pío VII; un soberbio vaso ofrecido por Carlos X á Leon XII; la taza incrustada en malaquita, que dió á Gregorio XVI el Emperador Nicolás; dos vasos de porcelana, que fueron enviados por el Rey de Prusia á Pío IX; la gran concha, también de Sevres, que sirvió de pila bautismal al príncipe imperial de Francia: estos y otros objetos, igualmente dignos de su augusto origen y de su augusto destino, adornan los salones de la Biblioteca Vaticana, como indicando que los dones de las más altas majestades de la tierra en ninguna parte están mejor que contribuyendo al realce y dignidad de los alcázares de la Sabiduría.

EL PALATINO.

SU HISTORIA. — SUS MONUMENTOS. — SUS RUINAS.

I.

Visitar el monte Palatino es visitar la cuna de Roma: recorrer hoy la triste soledad de su recinto, señalando los lugares donde fueron tantos y tantos edificios memorables, humildes unos, gigantescos otros, todos igualados ya por la mano del tiempo, es reducir á un paseo interesante y melancólico de tres millas el viaje, en que la humanidad ha empleado treinta y tres siglos; que á esta distancia, y no menor, de nuestros días, refieren los historiadores la época en que aparecieron sobre la cumbre del Palatino las primeras tribus pastoras, atraídas por la fertilidad del suelo y la abundancia y frescura de las fuentes. Aunque así no sea, aunque se supriman todos los tiempos que caen al otro lado de Rómulo; y Evandro y su Arcadia, y Sículos y Pelasgos vayan á las regiones de la fábula, formando aquella especie de nube, con que las tradiciones y la poesía suelen coronar la historia de los pueblos, siempre resultará que los primeros hechos ciertos que preparan y originan la existencia de Roma, al Palatino se refieren, y al Palatino hay que ir para buscar sus vestigios, para ver el desenvolvimiento de aquella sociedad, el cambio de sus formas de gobierno, el progresivo crecer de su influencia, el camino,

en fin, por donde llega desde la pobre cabaña de sus primeros caudillos hasta la morada suntuosa de sus últimos tiranos, que de la propia colina tomó nombre para imponerlo después á todas las moradas de todos los magnates de la tierra.

¿Procede *Palatium* de los Pallantes, que vinieron con Evandro, ó *Pallantium*, ciudad de Arcadia, que el mismo caudillo quiso recordar y reproducir sobre aquel monte sombrío? ¿Será un nombre tomado de los Aborígenes? ¿Será una palabra onomatopéyica por el balido de los rebaños, ó bien à *palatu*, por el vagar incesante, de un lado á otro, propio de los pueblos pastores? ¿Hubo una mujer de un rey latino que se llamó *Palatia* ó Palanto? ¿Podrá venir *Palatium* de la voz *pallam* (*de frente*), porque de todas partes se veía la colina, siendo la central, como verdaderos *palacios* son tan sólo, para algunos puristas, aquellos que no están recostados en otros edificios, sino que ofrecen fachadas ó caras (*pallam*) en distintas direcciones? Todas estas preguntas suponen otras tantas afirmaciones hechas por eruditos de diversos tiempos, desde Varrón y Julio Solino hasta hoy; pero como ninguna de las afirmaciones está probada ni es concluyente, esta tesis filológica queda condenada á vivir en perpétua interrogación. ¡Cosa notable! La palabra *palacio*, la palabra más afortunada y más orgullosa de la lexicología europea, no tiene origen conocido. Así son casi todos los amores y casi todas las fortunas de la tierra.

Subiendo por la pendiente de las edades, más áspera que la pendiente del Palatino, traspasando con la imaginación aquella horrible frontera de cenizas, formada por el incendio neroniano, se llega al tiempo y se mira el espacio en que fueron el antro Lupercal, el templo de Ceres y el de la Victoria: al primero, abierto en la falda del monte, bajo la sombra de corpulentos árboles y al amor de frescos arroyos, se une la leyenda de la loba, que amamantó á Rómulo y á Remo. Todavía en los tiempos de Dionisio de Halicarnaso se conservaban la cueva y la fuente, y se alzaba el simulacro de la loba en el camino, que conduce desde el Foro al circo Máximo, como si dijéramos, en el terreno que hoy media desde Santa María Liberatriz á San Teodoro, insigne monumento, guardado hoy entre los más es-

timados de la Roma antigua: en el templo erigido por los Arcades á Ceres, diosa del pan, las mujeres celebraban sacrificios, que por mucho tiempo duraron: en el de la Victoria, que ocupó la parte septentrional del monte, dominando el Foro y la vía Sacra, empieza bien temprano á darse culto al genio de los combates, culto que no cesará hasta que alumbren los rayos del inmenso Sol, del Sol de justicia, y se renueve la faz del universo.

De tiempos más conocidos históricamente, de aquel período en que por primera vez aparece el nombre de Roma, *fuerte, alta, excelsa* (que todas estas significaciones caben en la palabra), ¡cuántos recuerdos, cuántas leyendas conserva el Palatino! Aquí, sobre esta falda del monte, que domina el Circo, estuvo la cabaña de Rómulo y Remo; en este rellano fija la tradición el punto, en que se clavó la flecha disparada por Rómulo desde el opuesto Aventino, y el nacimiento del árbol misterioso; aquí fué la *Roma cuadrada*, especie de fortaleza pelásgica, circunscrita á un rincón del Palatino, que precede á la Roma de los reyes. Asistimos al nacimiento de la gran ciudad. Antes que la historia sale á nuestro encuentro la poesía: sobre las cumbres más altas de la tierra están las nubes más bajas del cielo. Aquí, en esta altura del Palatino, más arriba de la cabaña de Rómulo, hay una especie de bruma, que ni es historia ni es poesía; es una corona de tradiciones maravillosas, tejida á la vez por las manos de los dioses y de los héroes: es algo parecido á aquellos pensamientos entre verosímiles é inverosímiles, materiales y etéreos, sublimes y absurdos, que suelen dominar nuestro espíritu en las fronteras del sueño y de la vida, en los momentos misteriosos en que los sentidos despiertan y el alma sigue soñando.

Para que los destinos de universalidad, que acompañan á Roma en todos los períodos de su existencia, se revelen aún más arriba de su cuna, basta observar que á su nacimiento acuden en alborozado tropel la mitología y la leyenda, la tradición y la historia.

Pueblos venidos de las vertientes del Asia y del corazón de la Grecia habitaban los bosques y las colinas de este confín de

la tierra, que aún no se llama Lacio, ni Roma, ni tal vez Italia. Los Sículos y los árcades de Evandro ceden ante la invasión de Enéas y sus compañeros aborígenes, pelásgos y frigios: tres embriones de nacionalidades aparecen no tarde, formando á manera de una confederación en todo el territorio: latinos, etruscos y sabinos. La capital de los primeros era la ciudad de Albalonga. Los pelásgos habian construido una fortaleza en lo alto de esta colina, donde ahora nos hallamos, y pusieronle por nombre *Roma*, que en la lengua hebraica, madre de todas las semíticas, tanto vale como *alta, excelsa, eminente*.

A Proca, rey de Albalonga, nacióle dos hijos, Numitor y Amulio: á la muerte del padre, el menor usurpó el trono del primogénito, sacrificando bárbaramente á Numitor y á sus hijos varones: el fratricida Amulio perdonó la vida á su sobrina Rhea, consagrándola al sacerdocio de Vesta, para precaver el riesgo de toda sucesión legítima de Numitor. Los partidarios de la ley Sálica no podrán alegar un argumento histórico como éste, tan favorable al derecho de las hembras. Pero Rhea, que guardó con los hombres la ley inexorable de la castidad que su estado le imponia, cedió á las seducciones del dios Marte; y de aquel amor imprevisto en las ordenanzas de la diosa del fuego, resultaron dos mellizos. No dicen los autores si sobre la madre recayó el rigor de las leyes albanas en gracia á la divina complicidad del delito; pero recayó, sin duda, sobre los inocentes recién nacidos, que, en virtud de artículo expreso del código de las vestales, vulgarmente pecadoras, fueron arrojados al rio: las aguas del que luego se llamará Tíber, al sentir el dulce peso de aquellos niños, cambiaron súbitamente de curso y los gemelos quedaron vivos á la orilla, dando vagidos, que conmovieron el corazón de una loba, madre piadosa, improvisada por las selvas al desamparo de las pobres criaturas. Los niños crecieron y fueron hombres. El abuelo, usurpador del trono, reconocióles una parte de los derechos de su estirpe, dándoles, como en feudo y señorío, los montes que pronto serán Palatino y Aventino. Los gemelos, sintiéndose, como es natural, con algo de revedad dentro de su corazón, y quien sabe si alentados por los enemigos del rey Amulio, partidarios de

un cambio de dinastía, es lo cierto que los gemelos, ayudando un poco con el esfuerzo de sus armas al prestigio de su heredada legitimidad, fueron dueños del terreno y comenzaron á disputarse la soberanía á costa de una guerra fratricida. El uno, que habia ocupado el Palatino, tomó el nombre de Rómulo por el de Roma, que llevaba la fortaleza pelásgica; el otro, morador del Aventino, llamóse Remo: caudillos y fronterizos, y con igual derecho, como gemelos, á la sucesión, Rómulo y Remo fiaron primero á la revelación de los augurios la justicia de su causa: los augurios favorecieron á Rómulo. Un dia éste, desde el Aventino disparó una flecha para medir el alcance de su brazo; y la flecha, que era una asta de lanza, se clavó en el Palatino y arraigó, produciendo un árbol, á cuya sombra se cobijó el imperio del mundo. Los combates y los hados se deciden por Rómulo. Remo perece, unos dicen que en buena lid, otros dicen que asesinado por su hermano; y Rómulo, victorioso y sin rivales, se consagra á la fundación de la ciudad en el propio Palatino, teatro de sus hazañas. Dejemos hablar por un instante á Plutarco.

Luego que Rómulo hizo á Remo en la Remoina (el Aventino) los debidos honores de la sepultura, juntamente con sus caudillos, edificó la ciudad, llamando al efecto hombres de la Etruria, para que con ciertos ritos y letras sagradas dirigiesen y enseñasen todo como en una solemne iniciación. Comenzaron por abrir una gran fosa circular junto al comicio de hoy, y allí fueron arrojando las primicias de todas las cosas que, como buenas por ley ó como necesarias por naturaleza, se usaban; y por último, cada uno de los presentes echó un puñado de tierra del suelo de donde venía, de forma que todas las tierras se mezcláran y confundieran. Y á la gran fosa llamaron con el nombre mismo del Olimpo, Mundus. Al rededor de este centro trazaron el circuito de la ciudad en esta forma: Asíó el fundador, Rómulo, á un arado la reja de bronce, y unciendo un buey y una vaca, puso mano en la esteva, abriendo un surco profundo en la extensión de los confines: los que detrás marchaban á pié iban remetiéndole la tierra en la zanja para que ninguna raíz quedase al descubierto. Aquella línea deter-

minó el muro, y llamóse por síncopa *Pomerium*, detras del muro ó despues del muro. Donde querian que se abriese una puerta levantaba Rómulo el arado y no hendia la tierra, como para significar que todo el muro es sagrado, pero las puertas no, por cuanto por ellas han de tener entrada y salida cosas que, aunque necesarias, no sean puras.

Salva la designacion del comicio, que nunca estuvo en el Palatino, y que puede ser un yerro de copistas de Plutarco, la descripcion sencilla de sus orígenes de Roma y el surco famoso de Rómulo pueden comprobarse y seguirse todavía en aquel monton de tierra del Palatino, donde 3.000 años hace reina la idea de lo grandioso y de lo universal.

Sin ofensa de Virgilio y de todos los poetas de la edad de oro, y sin amenguar un ápice el mérito de los historiadores, que han consagrado tantas y tan bellas páginas á la exposicion y recuerdo de estos hechos, séanos lícito traducir á prosa el poema, reducir la leyenda á narracion.

El pastor Faústulo y su mujer Aca, que se dicen padres adoptivos de los gemelos, luégo que á los cuidados de la loba reemplazaron los de la commiseracion humana, pudieron muy bien ser los verdaderos padres de dos pastores y guerreros, que un dia se apoderaron de las colinas y fueron el centro de una poblacion naciente. ¿Cuántas ciudades no se formarían por entónces de la misma manera? Vesta y Marte, y la exposicion en el Tíber, y la loba, y el asta, que arraiga y produce un árbol, son los materiales épicos de que hubo menester la poesía, cuando ya en las esferas de lo humano y lo posible no cabian la grandeza de Roma y de su culto. Aun ántes de que Augusto, dueño del universo, se honrase con la sucesion de Rómulo y quisiera ser el Rómulo de otro *mundus* más ancho que el del Palatino, de otra Roma, de que apenas fué sombra y figura la Roma del surco, en los dias mismos de la república, la poesía no tiene más alto empleo que la gloria del primer rey: y el pastor, el aventurero, el fratricida, deificado con el nombre de Quirino en el antiguo monte de la gente sabina, que por tanto se llamará Quirinal, comienza á ser objeto predilecto de las Musas, y gloria y prez del Lacio ya dilatado. La filiacion de

Rhea y de Marte, es decir, de la noble raza de los reyes de Alba y de los dioses del Olimpo, imprimen en el héroe un sello cuasi divino; el más alto timbre para principio y raíz de la más augusta dinastía. La madre vestal y el padre genio de los combates enlazan en armonía misteriosa el prestigio de la religion y la gloria de las guerras. Una parte de la sangre de la loba circulará sin cesar en las venas de la *feroz gente de Rómulo*, como llama un antiguo escritor á los romanos: la lanza que, arraigando en la tierra, produce el árbol simbólico de los destinos de Roma, determina bien el carácter histórico de un pueblo, que ha de pasear sus armas vencedoras por casi todo el universo conocido. Aquellos puñados de tierra traídos de todas partes y arrojados al fondo del subterráneo, preparan y anticipan la centralizacion política y religiosa de la ciudad eterna, la universalidad del Imperio y la universalidad del Pontificado. El *mundus* del Palatino era la expresion abreviada de la Roma de los Césares y de la Roma de Gregorio VII y de Leon X.

Despues del Sinay y del Calvario no existe colina alguna en la tierra, que señale más altos sucesos en la vida de la humanidad, que este monton de escombros del Palatino, donde ahora crece la hierba y anidan trabajosamente las golondrinas. ¿Qué historias saben el Himalaya y el Chimborazo? ¿Qué civilizaciones han visto surgir y decaer? ¿Qué tronos sostuvieron en su cumbre? Y ¿qué otras tempestades, sino las del cielo y los torrentes, han calcinado su cabeza y conmovido sus entrañas? En cambio, esta humilde colina del Palatino ha sido durante diez y seis siglos el teatro de los acontecimientos más trascendentales para la suerte de los pueblos: ocho siglos duró su apogeo; otros ocho necesitó la contraria suerte para consumir su ruina: en este largo espacio de tiempo, ya lo hemos dicho, la historia del Palatino es la historia de Roma, y la historia de Roma es casi casi la historia del mundo.

El arado, símbolo de la agricultura, fundó la ciudad guerrera por excelencia; la lanza, símbolo de la guerra, fructifica y cobija bajo su sombra la cabaña de los pastores. Rómulo, hombre de guerra, rey de conquista, instituye la confraternidad de los Arbales, asociacion pacífica, cuyos individuos, ves-

tidos de blanco, coronados de pámpanos y hiedra, representan la exaltación de las tranquilas tareas del campo, los gozes venturosos de la paz: el sucesor de Rómulo, Numa, inspirándose en ideal más bélico, crea los sacerdotes salios, institución puramente militar, los depositarios de las armas sagradas; las cofradías de labradores y la milicia ciudadana no pueden buscar más antiguo precedente que este de los primitivos tiempos históricos de Roma.

Era el día 21 de Abril del año 3231 del mundo, 753 ántes de la venida de Jesucristo, cuando Rómulo trazó y consagró el área de la ciudad. Roma va, pues, á cumplir en 21 de Abril próximo la edad de 2.624 años. El 21 de Abril, cumpleaños de la ciudad, se ha celebrado en Roma constantemente, y la Academia de los Arcades lo celebra todavía. No hay en el mundo de la materia anciano más respetable que este suelo del Palatino. Las violetas, que cada año en Abril ofrecen los jardines Farnesianos, se han engendrado en el polvo de treinta siglos, y renuevan el ambiente perfumado, en que se meció la tosca cuna de Rómulo y de Remo. El arado de Rómulo describió su curva irregular, comenzando en el Foro Boario junto á la iglesia actual de Santa Anastasia, prosiguiendo siempre en la falda del monte al opuesto valle, que miraba al circo Máximo, y volviendo hácia el lado, en que estuvo el Septizonio y adonde hoy está el arco de Tito, pasando por la que luégo fué via Sacra, á oriente del recinto del futuro Foro Romano, iba á terminar al punto de arranque: poco más de una milla comprendían los ámbitos de la ciudad de Rómulo: la sexta parte del Palatino, es decir, de la más pequeña de las siete colinas. El nombre de Roma, aplicado á la ciudad, era el nombre público y oficial, el nombre del vulgo; otra denominación tenía misteriosa y recóndita, cuya sola pronunciación era delito de muerte: unos dicen que era la palabra latina *Valencia*, otros que la palabra *Virtus*; una y otra son simplemente la traducción de la semítica Romá.

Reflexionando un poco acerca de estas fábulas y leyendas, que forman como el follaje del árbol histórico de la raza latina, luégo al punto se descubre la influencia de la doctrina

oriental monoteísta. Las magníficas verdades de la *Biblia* no alumbraban en aquella remota edad las regiones de la Grecia y las habitadas por sus increpados viajeros; pero tampoco eran totalmente desconocidas: la lluvia de aquella sabiduría celestial no habia caído sobre el suelo de Occidente; pero entre los principios filosóficos y entre las ficciones poéticas de los pueblos más antiguos brillan alguna vez destellos de la verdad revelada, como gotas de rocío que el viento trae de lejanas tierras. Así la exposición de Rómulo y Remo en la corriente del Tiber corresponde á la historia de Moisés, expuesto en el Nilo, y la *inefabilidad* del nombre de Roma se parece por completo á la *inefabilidad* del nombre de Dios para los hijos de Israel; y es que, subiendo por entre las capas de nubes de la mitología, se llega, allá en alturas incommensurables, á un espacio clarísimo, coronado de perpétua luz, recorrido por escritores y poetas, que han dado y dan al mundo la norma de la historia y la inspiración de la poesía desde el principio de las edades hasta la consumación de los siglos.

Rómulo, valiéndose de operarios etruscos, levanta un muro al rededor de su ciudad: un gran fragmento de esta obra, descubierta no há muchos años en el Palatino, ha traído á la historia de la arquitectura y de las construcciones una noticia interesantísima de la manera como se empleaba la piedra y se atrincheraban los campos siete siglos ántes de Augusto y de Tiberio. La parte, que aún se conserva de la muralla de Rómulo, es, pues, el monumento histórico más antiguo de cuantos en piedra conservan las venerables ruinas de Roma.

La santidad de las fronteras, primer fundamento de lo que, andando los siglos, se llamará derecho internacional, violado por los hombres de Remo, habitantes del Aventino, produjo, al decir de las historias, la guerra sangrienta en que el hermano de Rómulo pereció, y como sucede que

Siempre en contiendas tales,
Los vencidos son traidores,
Los vencedores leales,

el Aventino comenzó á tener en aquellos tiempos el aire som-

brío y nefasto, que conserva en los días de la república y se percibe aún en los del imperio: la colina de las rebeliones de la plebe y de los motines de la libertad recibió con el fratricidio una especie de bautismo fúnebre de sangre, que influye, puede decirse, en todos los períodos de su vida.

No así el Palatino: su caudillo Rómulo, al fortificarlo, le ha construido tres grandes puertas, que dan á otros tantos caminos, y que han de ser como las arterias, que un día lleven la vida de la gran ciudad, corazón de gigante, á los confines de la tierra, lejanas extremidades del coloso. No lejos de donde hoy vemos el arco de Tito estuvo la puerta *Mugonia*, *porta Mugionis*, por donde salían balando y mugiendo los rebaños, que bajaban á pastar *romano foro et lautis carinis*, como dice Virgilio: del lado de la iglesia de Santa Anastasia, otra puerta que miraba al país de los sabinos, fué llamada por éstos puerta *Romana*: otra ponía en comunicacion el Palatino con el valle que mira al Aventino, donde pronto se alzaré la espina del circo Máximo. Rómulo, que comenzó su gobierno con un puñado de hombres y unos pocos caballos, vió crecer poco á poco sus tropas de pastores y de guerreros, y no tarde le asaltó el deseo de agrandar su poder y sus fronteras á costa de los pueblos circunvecinos, y acaso confederados. Pero no se puede negar que la política de las anexiones empezó en el Lacio de una manera por extremo original, y aún algo cómica.

Un buen día de primavera, á la falda del Palatino celebraba la gente de Rómulo unos juegos, que tal autor califica de juegos hípicas, carreras de caballos, y tal otro de saltos grotescos de los pastores sobre pieles engrasadas: es lo cierto que el espectáculo atraía á los moradores de las colinas cercanas, ni más ni menos que alegran hoy con su concurso la fiesta patronal de una aldea las aldeas del contorno. Fuese por un mal pensamiento instantáneo, fuese por cálculo y premeditacion criminal, es lo cierto, ó por lo ménos es lo escrito, que los hijos de la loba hicieron presa en las mujeres de los huéspedes sabinos, los cuales hubieron de resignarse á volver á sus campos y á sus cabañas sin esposas y sin hijas. La historia no reza si todos los maridos juraron venganza; pero asegura que los

padres, poniendo el grito en las nubes, llenaron de pavor las selvas con el rugido de su cólera. La figura histórica de Rómulo no es de lo más edificante que el mundo antiguo presenta: hijo del crimen, fratricida y raptor de extranjeras, con alevosía y abuso de confianza, el fundador de Roma pudiera bien pasar por el patriarca de los *briganti* del Apenino y las Calabrias. Si no hubo juegos, ni sabinas, ni rapto, hubo positivamente enemistad entre latinos y sabinos, entre dos pueblos respectivamente mandados por Rómulo y por Tacio. La poesía y la pintura han tenido necesidad de fingir combates, en que, llevando la peor parte los latinos, y próximos á sucumbir al furor de sus contrarios, las mujeres, bien avenidas ya en nuevo hogar, se interpusieron á favor de los maridos, y desarmaron la cólera de los padres. Los latinos, bajando de su Roma cuadrada, rodean y defienden el Palatino: los sabinos defienden el Capitolio: episodio brillante de esta gran lucha es el heroismo de Curcio, atravesando el lago famoso, donde ahora vegetan tristemente las ruinas del Foro Romano. En los momentos más solemnes y comprometidos del combate, Rómulo ofrece un templo á Júpiter, que detiene y hace parar á sus enemigos; á Júpiter Stator: el templo era todavía objeto de especial veneracion en los días de Ovidio, junto á la puerta Mugonia, que entónces se llamaba *porta Palatii*. En el libro III de sus *Tristes*, enviando el poeta sus melancólicos ayes del desterrado hasta los piés de Augusto, y dándole bien las señas del camino que ha de seguir para llegar derecho á ablandar el corazón, que no ablandó, del señor del Palatino y de Roma y del mundo, dice:

*Inde petens dextram porta est, ait, ista Palatii
Hic Stator, hoc primum condita Roma est.*

Hoy podemos poner la planta en aquella tierra, que sostuvo el templo de Júpiter Stator, en la falda del Palatino cerca de la puerta Mugonia y sobre el borde de la vía Nueva. El templo sirvió más de una vez para asamblea del Senado, y en sus ámbitos resonó el *Quousque tandem* de Ciceron, que heló en las venas la sangre de Catilina.